

SENLIS.

(DEPARTAMENTO DEL ORNE.)



Vista de la catedral de Senlis.

T. III. — PARIS. — IMP. BLONDEAU.

Después de la pacificación de las Galias en tiempo de Augusto, se trazó una magnífica vía entre el Mediodía y el Norte, y en uno de los puntos de este camino se fundó la ciudad de Senlis que tomó en un principio el nombre de *Augustomagus*. La ciudad fué rodeada de una muralla á mediados del siglo III, habiéndose hallado ántes un magnífico templo dedicado á los falsos dioses. Régulo predicó allí el cristianismo á fines del primer siglo, segun cuentan algunos cronistas, y después del establecimiento de los francos en las Galias, Senlis fué una de las primeras ciudades que se ocuparon. Los reyes carlovingeos tenían en ella un palacio donde fué encerrado en 853 Pepin rey de Aquitania; Carlos el Calvo tuvo preso también á su hijo Carloman que se había sublevado contra él. Los habitantes de Senlis recibieron una carta de comuna en 1173 que Felipe Augusto confirmó en 1204. Este mismo príncipe vino á celebrar sus bodas á Senlis cuando se casó con Elisabeth de Hainaut en Reims en 1180. Senlis sufrió bastante con las guerras del siglo XIV y con las de la Liga.

Antiguamente estaba muy bien fortificada, y aun en el día se descubren vestigios de muros romanos. Del antiguo palacio no se conserva mas que un monton de ruinas considerable. La catedral es un buen edificio construido en gran parte en el siglo XII. Su estilo es gótico, y lo que mas llama en ella la atención es su atrevido campanario.

EL RAYO DE SOL.

(Véase la pág. 37.)

Estas palabras dejaron á la tía Dionisia atónita de asombro. Limpiar el cuarto de Coumbe! Qué milagro! Muchas veces la tía Dionisia había pensado en ello, porque aquel cuarto había deshonrado su casita, si felizmente no hubiese dado á la escalera de la cocina, de manera que las personas que iban á verla no pasaban jamás por aquel sitio.

— Ya lo creo, tío Coumbe, ya lo creo; mi hija está á vuestro servicio; en cuanto almuerce bajará, pero quedáos á almorzar con nosotros.

— Mil gracias, respondió balbuceando el zapatero, mil gracias...

Y como la buena mujer insistió mucho, se atrevió por fin á decir que tomaría con gusto un bocado.

— Aquí está Betsi; mira, Betsi, continuó la tía Dionisia dirigiéndose á una jóven que acababa de entrar, despacha pronto el almuerzo, el tío Coumbe desea que limpies un poco su cuarto.

La tía Dionisia hizo una señal á su hija, que estaba ya para responder manifestando su sorpresa; en efecto, la vista del zapatero era tan incomprensible para la jóven, como el deseo que allí le traía; sin embargo se contuvo y dijo:

— Como gustéis, madre mía. Vendrá padre á almorzar con nosotros?

— No, vamos, vamos pronto.

Bien luego se dispuso el té: el niño rubio fué colocado encima de una silla, y le dieron una cucharita de estaño para que esperara en paz el almuerzo. La tía Dionisia hizo unas tostadas con pan y manteca, y se las presentó á Coumbe, que tomó una con mucha timidez, pensando en el contraste que formaban sus gruesos y negros dedos, con la mano morena, pero bien limpia, de su buena casera. A medida que iban almorzando, David se iba sintiendo mas á su gusto, á

pesar de la novedad de aquel bienestar que probaba por primera vez, después de mucho tiempo.

— Qué bonito es este cuarto: pensaba para sí: diríase que la luz se complace en jugar en él.

Y seguía con los ojos el rayo de luz que se deslizaba tan pronto sobre la tetera de estaño, como sobre la taza de la tía Dionisia ó sobre el lomo de su rollizo gato.

Por fin, David cediendo á su pensamiento, dijo resueltamente:

— Mucho brilla el sol en vuestro cuarto, tía Dionisia. Cuánto lo echaréis de ménos en los días de lluvia!

— No lo creáis, tío Coumbe, siempre se nos figura que hace sol aquí, y apenas nos acordamos del tiempo. Estamos tan contentos unos y otros! Este es mi sol; (añadió acariciando al niño y cubriéndole de besos) no es verdad, querido mío?

Estas palabras llamaron la atención de David; recordó que el espíritu le había dicho:

— Siempre hay sol en esos corazones.

Betsi quitó la mesa, se puso un gran delantal y dijo á Coumbe:

— Teneis jabon abajo, tío Coumbe?

— Puede ser que no, dijo el pobre hombre; no lo tengo.

Era verdad lo que decía, pues ni entonces ni nunca lo había tenido.

— Toma jabon, un cubo, escobas y todo lo que necesites, dijo la tía Dionisia á su hija con acento franco de manera que no pudiese herir la susceptibilidad de su vecino.

Betsi bajó con todos los utensilios necesarios para llevar á cabo la tarea que iba á emprender.

David iba á llevar su trabajo á los parroquianos, y bajó también, pero después de haber prometido á la tía Dionisia que vendría á comer á su casa, si su cuarto no estuviese listo á su vuelta. El zapatero empezó á atravesar callejuelas á su paso lento y torcido, preguntándose qué le parecería cuando hallase su cuarto limpio y arreglado. Volvería á tener otra vez el mismo sueño? Cumpliría el rayo de sol su promesa, y se dignaría alegrar un poco su morada?

Entregado á estas meditaciones, llegó hasta el patio de una casa en donde tenía que entregar calzado, por lo cual le darian algun dinero.

Llamó á una puerta, pero no le respondieron; llamó otra vez y nada: entonces principió á incomodarse y á toser fuertemente, y poco después oyó una voz lenta que decía:

— Quién está ahí?

— Soy yo, tío Mifin, dijo Coumbe.

— Entrad: no puedo levantarme.

El cuarto estaba desordenado y sucio; la lumbre de carbon de piedra, estaba medio apagada.

— Está bien, tío Coumbe, son mis botas. Ay! Creo que no las gastaré nunca, estoy muy malo.

— Mucho lo siento, mucho... ay! ay!... Cada cual tiene sus males; unos la enfermedad y otros la miseria: ay! ay!...

— Mi mujer ha salido hace dos horas para ver si puede traer algo para que comamos; ayer no hemos comido, y no sé cómo haremos para pagáros.

Al acabar de decir estas palabras, el enfermó soltó un suspiro que quería decir que tanto padecía de cuerpo como de espíritu.

David echaba estas cuentas en sus adentros: «tengo diez cuartos en mi casa, y diez y ocho que me van á dar por el trabajo que llevo á otro parroquiano, es lo bastante.» Enseguida añadió en alta voz:

— No os dé cuidado si no podeis pagarme. No penseis

mas que en ponerlos bueno, y cuando podais andar, agujeread de nuevo las botas para que las componga otra vez el viejo Coumbe.

El enfermo abrió sus grandes ojos turbios, miró con sorpresa la negra cara de David que se inclinaba hacia él, y tendiéndole su desfallecida mano le dijo con voz trémula:

— Dios os bendiga! Eso se llama ser caritativo! Haced el favor de correr un poco esa cortina; hay mucha luz aquí.

En efecto los rayos del sol acababan de entrar en el cuartito, y uno de ellos le dió en la cabeza al pobre zapatero.

Algunos momentos despues David continuaba su caminata, pero sus ideas habian cambiado; su corazon rebotaba de una sensacion agradable que le trasladaba á los tiempos de la juventud, en medio de campos alumbrados por el sol, y entre los juegos en que siempre ganaba. Andaba con mas seguridad y rapidez. Las palabras: « Eso se llama ser caritativo » resonaban suavemente en su corazon.

De repente un grito terrible vino á sacarle de sus meditaciones: en el mismo instante vió venir á él como un relámpago un caballo desbocado, montado por una jóven que desmelenada y sin aliento habia abandonado las bridas del animal.

— Cómo! Con que nadie detiene á ese caballo?... Pues bien, lo detendré yo.

Y dicho esto estendió los brazos y sujetó al caballo; la cabeza de la jóven desmayada quedó descansando sobre sus hombros. Entónces se presentaron una multitud de transeúntes y de vecinos; unos aconsejaban una cosa y otros otra, hasta que se acercó allí un caballero pálido como la muerte, preguntando si la jóven estaba herida.

— No, no, gritaron veinte voces á un tiempo, está desmayada únicamente. Aquel hombre que va allí la ha salvado, aquel es, aquel.

Pero David habia abandonado á la jóven á otras manos, y se abria paso á través de la muchedumbre. El caballero transportó á la jóven á una botica próxima, de modo que David desapareció sin que hubiese tenido tiempo para verle.

La muchedumbre murmuraba:

— Mirad lo que es un hombre rico; ni siquiera piensa en dar una limosna al pobre que ha espuesto su vida por salvar á la jóven!

Dos agentes de policia llegaron en aquel momento y dispusieron á los descontentos.

— Quisiera saber, dijo David, cuando se halló ya lejos de aquella escena, si esto se llama enerjia.

David recibió del otro parroquiano diez y ocho cuartos y mas trabajo, con lo cual volvió á tomar el camino de su casa. Un viento frio le soplabá en la cara, y le traía la arena de la calle hasta los ojos, pero el pobre hombre no hacia caso, al contrario le parecia que hacia ménos frio que de costumbre, se sentia muy animado, y un suave calor circulaba en su pecho. Pensó que el espíritu habia dicho la verdad, y que en efecto, los rayos del sol penetran á veces hasta el corazon de los hombres.

— Y en otro caso, cómo podia experimentar interiormente un bienestar semejante, sin haber hecho nada para lograrlo?

Cuando llegó á su calle, vió á la tia Dionisia al umbral de la puerta, conversando con un vecino. En cuanto se acercó le dijo:

— Venid, tio Coumbe; vuestro cuarto está dispuesto, pero esa no es una razon para que dejes de venir á comer con nosotros.

David aceptó el convite con alguna timidez, y esta comida fué la mas agradable que en su vida habia tenido. Antes de que bajara á su casa ya le convidaron para el dia de Nochebuena.

— Ah! David, motivos tienes para permanecer inmóvil y atónito á la entrada de tu cuartito! Qué cambio tan grande, Dios mio! Qué hermoso está ese suelo tan bien lavado, y cubierto de arenita blanca, la lumbre tan bien puesta en la chimenea, el pucherito lleno de agua para el té, todas las cosas arregladas, los vidrios de la ventana tan transparentes que se ve por ellos la luz del sol que ilumina los balcones de las casas de enfrente, el vaso de estaño sobre el basar junto á la pipa, con los platos limpios, y la mesita redonda de la madre tan bonita, con la Biblia, la vieja Biblia, tan largo tiempo olvidada!

David despues de haber pasado algunos momentos, disfrutando el placer de su sorpresa, soltó su « ay! ay! » favorito, no con su acento de tristeza ordinaria, sino con el tono de asombro de un niño que se detiene á ver una confiteria. Se fué á asomarse por la ventana, se puso á contemplar su lumbre, y se sentó en su silla cubriéndose el rostro con las manos como si creyera ser el objeto de una ilusion. Pero no, no era ilusion aquello, era la mas palpable realidad.

Despues de un nuevo ay! ay! abrió la Biblia: una viva luz cayó sobre las páginas y se detuvo en estas palabras: « No nos cansemos de hacer bien, y cuando llegue el dia de la cosecha recojeremos los frutos de nuestras buenas acciones. »

En el mismo instante la suave y melodiosa voz que David habia ya oído otra vez: murmuró:

— Tu cuartito nos gusta, David, y vendremos á él muy á menudo.

Cuando se hubo calmado un poco su emocion, David pensó que debia ir inmediatamente á dar las gracias á la tia Dionisia por lo que Betsi habia hecho. Hasta se le ocurrió la idea de ofrecer á la buena muchacha alguna remuneracion por su trabajo, pero la tia Dionisia le hizo callar á la primera insinuacion que hizo sobre este punto. David, para mostrar su gratitud, solicitó el favor de un apretón de manos, pidiendo mil perdones por tener una piel tan negra y dura. La tia Dionisia se apresuró á tomarle la mano con franqueza, insinuando sin embargo con una amable sonrisa que con un poco de agua y jabon todo desapareceria. La leccion fué recibida como habia sido dada, es decir sin amargura.

Aquella noche el pobre zapatero durmió como un príncipe. En sueños veia deslizarse ante sus ojos, celestiales figuras, oyendo al mismo tiempo, en medio de una música encantadora, el sonido de suaves voces que murmuraban estas palabras: « Dios os bendiga: eso se llama ser caritativo. »

Despertóse muy temprano y se levantó para mirar á la calle. Una espesa alfombra de nieve cubria el suelo y los tejados, y largas nubes blanquecinas rodaban lentamente por el cielo, dejando de trecho en trecho algunos claros: David pensó que mas tarde, se pondría bueno el dia.

Almorzó con mas gusto que los otros dias, y enseguida se puso á trabajar. No hacia mucho rato que manejaba sus instrumentos de zapatero, cuando, con gran sorpresa, notó que salian de sus labios inusitados sonidos... David Coumbe estaba cantando!

El dia continuaba sombrío y sin embargo David hallaba su cuarto claro y alegre, y en tanto que repetía las canciones de su infancia, risueños pensamientos y recuerdos daban vueltas en derredor suyo como una ronda de espíritus benéficos.

De este modo trabajó algunas horas hasta que entró Betsi á arreglar la casa. David para dejarla libre se salió un instante á la calle.

Apénas habia andado cien pasos cuando vió sentado en una acera á un niño de dos ó tres años que estaba llorando amargamente. Un tahonero que se habia parado delante de él con su espuerta á la espalda, preguntó á David :

— Conoceis á ese niño ? Me parece que tiene hambre y que está abandonado.

— No, no le conozco, pobrecillo ! respondió David ; que vais á hacer con él ?

— Nada, dijo el tahonero, no hay mas que llevarlo á la policia.

— No, no, repuso David, las gentes de la policia tienen la mano dura para estos pequeñitos; tengo gana de llevarle á mi casa, al ménos estará allí al abrigo del frio y de la nieve, y si no viene nadie á reclamarle, ya nos arreglaremos. Quieren venir conmigo, niño ?

Y David tendió la mano al niño que la tomó, y mirándole con sus grandes ojos bañados de lágrimas, exclamó :

— Mamá !

— Qué criatura tan bonita !

Diciendo esto David le tomó en brazos, y apresuró el paso para llegar á su casa, hablando con el niño lo mas suavemente que podia para consolarle, y prometiéndole que iba á buscarle su mamá y que entre tanto comeria.

En dos dias se habia operado un cambio en la vida de David. Nunca habia estado mas activo, ni jamas se habia interesado en tantas cosas. Cortó un gran pedazo de pan y se le dió al niño sentándole junto á la lumbre, y despues quitándole sus zapatitos y sus medias, le calentó sus menudos piés.

La nieve habia cesado, habian desaparecido las nubes, y un pálido sol de invierno que entraba en el cuarto cubria con sus rayos al niño y á su protector.

Sin embargo, la pobre criatura despues de haber apaciguado el hambre, continuó gritando :

— Mamá !

Y el pobre zapatero por su parte repetia su antiguo ay ! ay ! sin saber que hacer para distraer al niño que lloraba.

El sol vino en su ayuda : tomó el vaso de estaño y empezó á darle vueltas á los rayos del sol delante del niño, de un modo tan estraño, que la criatura se echó á reir señalando el vasito con su dedo.

Era aquella una graciosa escena : el viejo zapatero entusiasmado con su invencion, hizo nuevos esfuerzos, tanto que la alegría del niño acabó por alegrarle á él tambien, y se echó á reir con la misma entereza que la criatura. Habia algo de particular en el acuerdo de aquellas dos risas tan diferentes, la una fresca y argentina, y la otra estrepitosa y hueca y tambien algo ronca como una risa que viene de lejos y de la cual no se ha hecho uso despues de mucho tiempo.

En aquel mismo instante oyó David su vocecita conocida que le decia :

— Buen David, ya estás viendo que te visitamos ahora.

El niño habia olvidado su pena, y estaba como en su casa: mientras David volvia á su trabajo, él se levantó y se puso á dar vueltas por el cuarto, seguido siempre del rayo de sol que doraba sus hermosos cabellos y hacia brillar sus lágrimas que se secaban en sus lindas y frescas mejillas.

A la hora de comer, David se sentó á la mesa junto á él, y le dió los mejores bocados, viendo con el mayor placer que comia con buen apetito.

Por la tarde el niño se durmió. David le tomó en sus brazos, le meció cantando, y le acostó blandamente en su cama. Enseguida encendió luz, y mientras trabajaba miraba al niño con sumo gozo.

Un ruido que oyó en la calle le llamó la atencion.

Era muy raro que el silencio de aquella calle fuese interrumpido á aquella hora. Muchas voces hablaban á un tiempo formando una gran confusion ; poco despues llamaron á la puerta. David creyó que estaba ardiendo la casa; se levantó con precipitacion y lo primero que hizo fué acercarse al niño, á fin de hallarse pronto á tomarle en sus brazos para salvarle si era necesario.

La tia Dionisia habia bajado al corredor, y venia diciendo :

— Abrid la puerta, tio Coumbe ; nos hallamos en la oscuridad, y os está buscando una persona.

— Pues á estas horas nadie puede venir á traerme á remendar zapatos; algo nuevo ocurre.

Y al mismo tiempo abrió la puerta y oyó á la tia Dionisia que decia :

— Por aquí, señora. Este es el cuarto de Coumbe. Pero creo que os han engañado porque el no me ha hablado de nada.

Una mujer se lanzó de pronto en el cuarto y dijo con voz agitada :

(Se concluirá.)

EL PINTOR DE MARINAS.

Ese entusiasta pintor ha plantado su caballete en la playa, y absorto enteramente en su trabajo ha olvidado la hora en que comienza la marea alta. Sin embargo las aguas van subiendo rápidamente : ya va vogando el sombrero del artista con su cargamento de diseños; las olas están tocando al antejo de larga vista que sirvió para examinar el horizonte; tambien principian á mojar los piés del caballete, van sumerjiendo la caja de colores, y llegan hasta el mismo pintor, sin que este haya notado ni sentido nada. Con los ojos encendidos y fijos en el lienzo, no ve mas que su obra, no piensa mas que en el pincel, que empuña como una espada... Por fortuna ha llegado á verle un pescador desde la orilla y asustado con el peligro en que se encuentra, se adelanta á llamarle con el botador al hombro; pero en vano le grita, tendrá que llegar hasta donde está, tendrá que despertarle de su éstasis, y arrastrarle á la fuerza, lejos de ese peligroso estudio.

Esta sátira grabada ha evitado la grotesca exageracion propia de ciertos dibujantes contemporáneos cuyos nombres son célebres en la caricatura. La espresion del entusiasta pintor es graciosa, sin ser estravagante; su actitud es cómica, sin contorsiones, en una palabra, la caricatura no traspasa los limites de la verdad y del buen gusto.

En todas épocas ha habido burlas de la exaltacion del artista, que pierde la posesion de si mismo, y se entrega completamente á su sueño, olvidando del todo la realidad. Debemos considerar esto como una impotencia del vulgo para comprender el ardor poético, ó como la espresion de un sentimiento de celos de la mediania contra el genio. Por nuestra parte no abundamos en estas ideas. El entusiasmo que se manifiesta por el olvido absoluto del mundo real, rara vez va unido con un verdadero ingenio de invencion. El hombre que se abandona á su emocion hasta el punto de no encontrarse ya dueño de si mismo, no llena las primeras condiciones de que debe estar dotado un buen artista. El genio verdaderamente completo, en vez de entregarse á entusiasmo, le domina y sabe sacar partido de él : aban-

dona una parte del ideal, en tanto que la otra permanece en el mundo visible; lanza su imaginación como una cometa hasta las nubes, pero se queda en las manos de la razón con la cuerda. El hombre superior, cualquiera que sea

la esfera de su actividad, tiene algunos puntos de contacto con César cuando dictaba á tres escribientes! no se absorbe en una sola idea, y su inteligencia hace frente, al mismo tiempo, á diferentes puntos.



El pintor de marinas. — Dibujo de Freeman, copiado de Buss.

EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 5, 14, 24, 26, y 34.)

— Y sin embargo, hombre de poca fe, dudas... y pides explicaciones.

— Perdóname, hermano Sigismundo, ignoraba que Frantz estuviese iniciado... Pero ahora te prometo, que aunque fuese el diablo en persona, y aunque se casara en secreto ó públicamente con todo el palatinado, sería ciego como un topo, mudo como un pez, dócil como...

— De ese modo merecerás que te se admita entre los elegidos! dijo Muller con acento misterioso alzando los ojos al cielo.

IX.

Sucedió á esto un momento de silencio; poco á poco la gravedad solemne de Sigismundo habia cortado la palabrería de Alberto; pero este, por mas que deseara salir triunfante de cuantas pruebas su amigo le impusiera, no era hombre para permanecer largo tiempo silencioso é inmóvil.

— Ola! ola! gritó de repente pegando unas cuantas puñadas sobre la mesa; creo que se nos ha acabado la cerveza... Ola! Meinherr Zelter..... Señorita Augusta..... Otro jarro, y presto. Un jarro tan grande como el tonel de Heidelberg... Estamos amenazados de morir de sed.

Dos voces respondieron al punto á este estrepitoso llamamiento; la una fresca y argentina, y la otra grave y sonora, y al mismo tiempo dos personas entraron en la sala, una joven, alta, rubia y bien hecha, con los cabellos trenzados, y una basquiña roja bastante corta para dejar á descubierto unas medias azules con costuras bordadas; y un anciano con vestido pardo y grandes anteojos.

— Cerveza, cerveza, Meinherr Zelter, y pronto.

— Vamos á cuentas, dijo el viejo luterano poniéndose á contar los jarros vacíos que estaban sobre la mesa; habéis bebido mucho, y yo no he visto todavía de qué color es vuestra moneda...

— No os ha dicho Frantz que respondia por nosotros, maese Zelter?

— Eh! eh! M. Frantz no está muy al corriente conmigo, y ya sabéis que está escrito: « Dad al César lo que es del César. »

Sin embargo Alberto afirmó en tono compungido que su compañero y él se morían de sed, y el viejo luterano permi-

tió á su sobrina que les trajese otro jarro de cerveza. Seguro de que este mandato se ejecutaría á la letra, volvió al cuarto vecino á leer en su Biblia.

En efecto, Augusta se presentó bien luego con otro jarro, pero de una dimension tan modesta, que todo su contenido podia desaparecer enteramente en uno de los anchos vasos de los estudiantes.

— Viejo tunante! dijo Schwartz indignado, cree que tendremos bastante con eso? Pero no hay mas remedio, nos da la ley... tanto mejor *sapermente!* Augusta pagará por él.

Y al decir esto quiso dar un beso á la sobrina del posadero luterano.

— Dejádme, señor estudiante, repuso la jóven en tono bastante comedido para no interrumpir las devotas lecturas de maese Zelter.

La muchacha se defendia debilmente, y Alberto iba ya á ejecutar su amenaza, cuando dos vigorosos brazos le cogieron por detrás, y le arojaron lejos. Era Sigismundo que viendo á Alberto aturrido con el empujón, aplicó dos buenos besos en las sonrosadas mejillas de Augusta, despues de lo cual quedó en libertad para huir á la cocina. Todo esto pasó con tanta rapidez, que Schwartz no habia tenido tiempo para oponerse á ello...

— Compañero, le dijo rabioso de cólera, procedes de un modo...

— *Parus esto*, sé puro! dijo Muller poniéndole un dedo en los labios.

Y se volvió á su puesto. La cólera de Alberto se disipó de súbito.

— Está bien, está bien, murmuró sentándose á su vez; es otra prueba... Ah! Cuando llegue á ser afiliado... Pero qué estás haciendo? continuó al ver que Sigismundo echaba en su vaso la cerveza que acababa de traer Augusta; nos dividiremos eso como buenos camaradas?

Muller sin decir palabra vació de un trago el vaso, se limpió los bigotes con el revés de la manga, volvió á tomar su pipa y murmuró:

— *Sobrius esto*: sé sobrio.

Esa vez Alberto no pudo ménos de hacer un ademán de mal humor.

— Sabes, dijo, que esas continuas pruebas serian capaces de hacer perder la paciencia... Si un día me hallo encargado de vigilar á otro, te prometo...

No acabó la frase: un caballo acababa de detenerse á la puerta de la posada, y se oía un coloquio bastante animado entre un viajero desconocido y maese Zelter.

— Os digo que no tengo alojamiento ni para vos ni para vuestro caballo... Tengo unos estudiantes, y con ellos solos bastaria para llenar una casa tres veces mas grande que esta... Si quereis ir á Manheim tomad el camino de la derecha; si vais á Philippsburg...

— Ni voy á Philippsburg ni á Manheim, respondió el viajero con voz imperiosa; vengo al Steinberg para arreglar algunos negocios, y como no hay mas que esta posada en la aldea, no tengo mas remedio que pararme en ella.

Y al decir esto se apeó con pesadez del caballo.

— Pero señor viajero, ós repito que no hay ningún cuarto.

— Ya arreglaremos eso; no pasará aquí mas que una noche... Mañana por la mañana iré al castillo á ver al mayor de Steinberg, que no ha podido darme habitacion en la torre... Vamos, despáchate, buen hombre; si supieras quien soy, te pesaria el haberme hecho esperar á la puerta de tu choza.

El nombre del baron de Steinberg habia disminuido mucho los obstáculos que Zelter oponia á la admision del viajero.

Una curiosidad mezclada de algun tanto de inquietud le indujo á preguntar:

— Y quien sois, caballero?

— El nuevo dueño del castillo y de la baronia de Steinberg... y ademas otra cosa.

El viejo luterano hizo un ademán de sorpresa. Entónces el viajero le arrojó las bridas de su caballo y entró con paso resuelto en la sala donde estaban los estudiantes.

Era aquel un hombre de unos cincuenta años, de color pálido, con ojos gruesos y poco espresivos, chico de cuerpo y delgado. Iba vestido de negro á la moda antigua, llevaba los cabellos empolvados, y una cinta de varios colores adornaba su pecho. A pesar de la altanería con que habia hablado al posadero, saludó profundamente y con rostro risueño á los dos estudiantes, y se fué á tomar asiento al otro extremo de la sala.

Sigismundo y Alberto no sintieron al punto una gran simpatía por el recién venido: apenas contestaron á su saludo, y le lanzaron una mirada oblicua, mas sin ofenderse por esta actitud tan hostil, el viajero dijo en tono obsequioso:

— Mala me parece esta posada, señores... y desde luego no me habia prometido hallar en ella algunos miembros de la decia juventud de nuestras escuelas... Estudiáis en la universidad de Heidelberg, no es cierto?

Alberto, sin responder palabra, miró descaradamente á aquel audaz que se atrevia á interrogarle de aquella manera, y Sigismundo lanzó gravemente una columna de humo clavando los ojos en el techo.

— Buena universidad, señores, continuó el viajero; maestros, discipulos, todo es bueno; debeis tener orgullo de pertenecer á esa hermosa escuela, la antorcha de la Alemania, la cuna de todas las ideas generosas!... Y ya que habitáis en Heidelberg, me atrevo á suplicaros que me deis ciertas noticias que debo recojer para cumplir con un encargo que me han hecho; una gran fortuna ha sido para mí el hallaros aquí.

Estas lisonjas á la universidad habian complacido mucho á los dos estudiantes; pero las últimas palabras del forastero despertaron de nuevo sus sentimientos de independencia exajerada.

— No sabemos nada! dijo bruscamente Muller.

— No somos aquí espías! añadió Schwartz en el mismo tono.

El desconocido no parecia dispuesto á intimidarse por la mala disposicion de sus oyentes.

— Ah! comprendo, dijo sonriendo; os desconfiais de mí... Está muy bien; la prudencia en los jóvenes es muy laudable... Ademas cómo podeis suponer que un hombre distinguido entre en una taberna semejante? Yo viajo de incógnito, á caballo y sin criados. Y sin embargo, señores, á pesar de mi pobre apariencia, soy caballero del santo imperio romano, y primer sumiller de su Alteza Coradino VII, príncipe soberano de Hohenzollern.

Estos pomposos titulos produjeron algun efecto sobre nuestros jóvenes, que acostumbrados desde la infancia á un profundo respeto hácia los menores funcionarios, miraron al señor sumiller con mas curiosidad, aunque no por eso dieron entero crédito á sus palabras.

— No podeis comprender, repuso, cómo puede encontrarse aquí un hombre de mi especie: voy á daros algunas esplicaciones acerca de esto. Mi soberano me ha encargado una mision importante en cumplimiento de la cual tengo que visitar todas las universidades de la Alemania. Ya he estado en Viena, Hall, Leipsick, y me dirijia á Heidelberg

cuando me encontré ayer en Manheim con el mayor de Steinberg, un antiguo amigo de Berlin. Inútil es decir como he podido determinarle á que me venda su baronía... Lo cierto es que deseando ver mi nueva adquisición, he dejado mi carruaje y criados en Manheim, y he venido á caballo con el mayor de Steinberg para tomar posesion del castillo. Al acercarnos aquí el baron ha experimentado como una especie de remordimientos, y me ha suplicado que le dejase respirar hasta mañana, porque sin duda necesita este tiempo para preparar á su jóven hermana á salir de la habitacion de sus antepasados. Yo soy demasiado delicado para haberle negado esa satisfaccion. Ademas, me dió á entender que en el castillo no debia haber una grande abundancia de provisiones, y por esto me decidí á buscar un abrigo en este horrible chiribitil... Tales son las razones, señores, que ha tenido el caballero Ritter, sumiller, y casi embajador de S. A. el principe de Hohenzollern para pasar la noche del modo que veis.

Los esfuerzos del viajero para deslumbrar á los dos estudiantes y para decidirlos á que se mostraran mas comunicativos, fueron esta vez coronados de cierto éxito. Alberto echó mano á su gorra, dispuesto á quitársela á la menor señal de Sigismundo, y este se habia sacado la pipa de la boca. El caballero Ritter, notando estas imperceptibles señales de una próxima reaccion, quiso dar un golpe decisivo.

— Ola! posadero, dijo á Zelter que entraba en aquel momento, miéntras sacais la mala cena que me estáis disponiendo, dadme dos buenos frascos de vino del Rhin. Estos señores, que me parecen tan políticos y amables me permitirán que trabé con ellos amistad brindando á la gloria de nuestras sábias universidades.

Al decir esto, el triunfo del forastero fué completo: las dos gorras desaparecieron como por encanto; las pipas fueron arrojadas desdeñosamente á una punta de la mesa, y cuando volvió á presentarse el posadero cargado con dos botellas largas y tres copas de cristal amarillento de Bohemia, ya reinaba entre todos la mejor inteligencia.

La conversacion animada con los tragos, no tardó mucho en volverse enteramente amistosa. El sumiller, con sus politicos modales concluyó por parecer á los jóvenes un hombre tan distinguido como amable.

Sigismundo habia echado á un lado su observadora desconfianza, y respondia decorosamente á las lisonjas de que le llenaba el recién llegado. En cuanto á Alberto, alegre ya con las copiosas libaciones que habia hecho, hablaba á diestro y á siniestro y en voz alta del magnetismo animal, del vino del Rhin y de la libertad de la Alemania. A medida que los jóvenes se volvian mas expansivos, M. Ritter se mostraba por el contrario mas sereno y circunspecto. Sigismundo concluyó por notar esto.

— Quieres callar, estúpido hablador? dijo á su compañero con acento colérico; estás impidiendo á este buen señor que nos diga el asunto que le lleva á la universidad de Heidelberg... Ya nos indicó que tenia algunas noticias que pedirnos.

La mirada de Muller se volvió tan amenazadora que su turbulento compañero se calló y bajó los ojos. El sumiller se sonrió con indulgencia.

— Sentiria ser causa de que riñeran dos amigos, dijo; sin embargo, me aprovecharé de vuestras buenas disposiciones...

— Para serviros, caballero, dijo Sigismundo inclinándose.

— Podeis hablar, os escuchamos, balbuceó Alberto.

Y al decir esto apoyó su cabeza en la pared; despues que

no podia hablar, le habian entrado muchas ganas de dormir, y cerraba los ojos involuntariamente.

X.

El caballero Ritter se quedó callado, como si tratase de combinar ciertos elementos de su narracion ó de modificar algunas circunstancias que no le convenia confesar por entero.

— Como ya os he dicho, señores, mi soberano, el principe de Hohenzollern, me ha encargado una mision sumamente importante... Se trata de encontrar un jóven noble hijo de familia que ha abandonado el techo paterno para vivir independiente, y que dicen se ha refugiado en una de nuestras universidades alemanas... Yo he visitado una porcion de ellas, pero en vano: voy á ver si en Heidelberg soy mas dichoso, y cuento con vosotros para facilitar mis investigaciones.

— Con mucho gusto os serviria en esta ocasion, caballero, dijo Muller; pero ya sabeis las leyes que rigen las asociaciones universitarias: nosotros nos defendemos mutuamente, y no podemos hacer traicion á ninguno de nuestros camaradas...

El caballero Ritter lanzó una mirada inquieta sobre Alberto.

— Está dormido! dijo en voz baja; debo confesaros que me desconfio de vuestro compañero; parece un jóven atropellado y poco discreto... Vos por el contrario sois un hombre reservado y prudente, y así os diré con toda franqueza cual es la posicion en que me encuentro. Si me prestaseis vuestra ayuda para conseguir lo que deseo, os prometo que alcanzaréis un empleo importante en el principado...

— No soy nada ambicioso, señor sumiller, interrumpió Sigismundo con su ordinaria serenidad; pero explicáos con franqueza, porque me gusta hacer favores cuando puedo.

— Pues bien, repuso el caballero Ritter, acercándose mas aun á su interlocutor, el jóven cuyas huellas debo descubrir es el hijo segundo de Su Alteza, el conde Federico de Hohenzollern...

Bueno es decir aquí que el principado de Hohenzollern, es el mas pequeño de toda la Confederacion, pues tiene únicamente algunas millas cuadradas de territorio.

Sigismundo, ya porque conociese esta circunstancia, ó ya por cualquier otro motivo, no aparentó sorpresa ninguna cuando Ritter le descubrió la elevada categoría del jóven perdido.

— Y con qué motivo, pregunté, ha podido abandonar á su familia el conde Federico?

— Os lo diré, porque todo el mundo sabe ya la historia...

El principe reinante tiene dos hijos: el primogénito, el principe Guillermo que debe suceder á su padre, y el segundo que es el conde Federico. Desde muy antiguo existe en la augusta familia de mi soberano la costumbre de que el hijo segundo sea siempre canónigo del capitulo noble de Munster, hasta que haya vacante un obispado, y ningun hijo de esta ilustre casa ha intentado jamas sustraerse al uso. El conde Federico siguió pues dócilmente los cursos de teología, pero cuando se trató de que entrara en las órdenes, se negó á ello con todas sus fuerzas, á pesar de las instancias de su noble padre. Se cree que ciertas discusiones que sobrevinieron entre los dos hermanos han ocasionado esta locura de parte del principe Federico... Sea como quiera, Su

Alteza, irritada de la desobediencia de su hijo, le arrojó de su presencia, y entónces el conde Federico desapareció sin que se sepa el punto adonde ha ido. Sin embargo hace un año se recibieron algunas noticias; parece que estaba refugiado en una universidad donde confundido entre los jóvenes de su edad y oculto bajo un nombre supuesto, se prometía burlar todo género de investigaciones. La venta de sus joyas, y algunos valores que le pertenecían y que se había llevado, le proporcionaron llevar una existencia modesta y oscura. Su Alteza al saber esto me mandó que saliese inmediatamente en busca de ese hijo rebelde...

— Su padre tiene intencion de perdonarle?

— No me toca penetrar los secretos de mi soberano... He recibido mis instrucciones que ejecutaré al pié de la letra... Acaso teme mi soberano que su hijo se case de un modo indigno de la ilustre familia á que pertenece, á fin de sustraerse á sus deberes. En el caso de que encuentre al joven conde tengo órden para llevarle inmediatamente á Munster y ponerle en posesion de su prebenda. Si se negare á ello, solicitaré una órden de estradicion contra él, y le llevaré á Hohenzollern, á la fuerza si es preciso, para ponerle á disposicion de su padre y de su hermano primogénito.

— Ya entiendo... Pero, ¿es seria posible reconocer al conde Federico si os hallareis en su presencia?

— No me atrevo á afirmarlo, porque era muy niño cuando le vi por última vez, y ya sabéis que diez años cambian bastante á un joven.

— Entónces cómo os gobernaréis para descubrirle entre quinientos estudiantes de su misma edad?

— Eso no será difícil, sobre todo si venís en mi ayuda, porque me ireis diciendo quienes son los estudiantes que pertenecen á la ciudad, designándome tambien aquellos cuyo nombre y categoria no pueda dar lugar á ninguna sospecha. De este modo solo me dirigiré á un corto número de jóvenes cuyo origen y traza me parezcan que envuelven algun interés. Poseo una señal exacta del conde; y así me bastará consultarle para conocer al instante al hijo de mi augusto soberano.

Sigismundo permaneció un instante pensativo y silencioso, el sumiller le miraba fijamente.

— Vamos á ver, amigo mio, le dijo en tono cariñoso, os hallais dispuestos á depositar en mi una entera confianza?

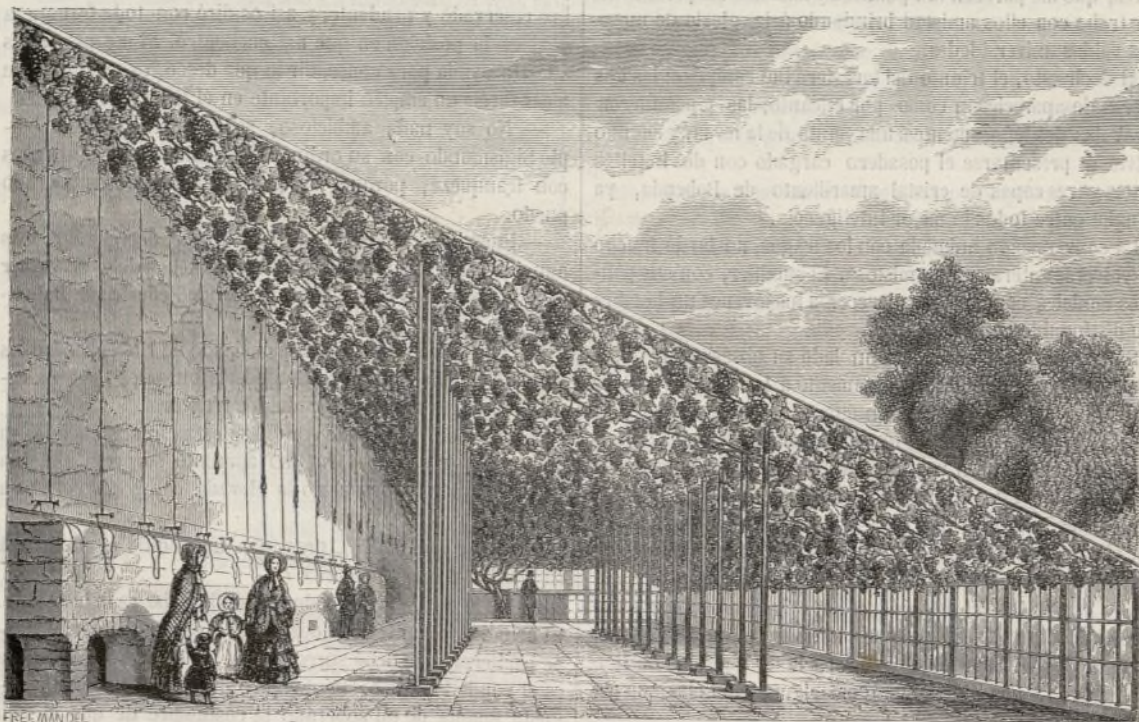
— Cómo! exclamó Ritter trasportado de gozō, acaso conocéis ya...

— Nada puedo afirmar todavia; pero tengo algunas sospechas que aclararé bien luego.

El sumiller principiaba á deshacerse en cumplimientos y promesas, cuando se abrió bruscamente la puerta, y Frantz se precipitó en la sala, pálido, trastornado, y con los vestidos en desórden. Tal era la agitacion en que se hallaba, que no notó la presencia del forastero.

(Se continuará.)

LA PARRA DE HAMPTON-COURT.



Hampton-Court es una propiedad real del patrimonio de la corona de Inglaterra que dista trece millas de Lóndres, en el condado de Middlesex.

Nuestra intencion no es la de describir ese suntuoso edificio lleno de originalidad arquitectónica, de riquezas de arte y de recuerdos históricos. Lo que únicamente nos proponemos, es dar á conocer á nuestros lectores que una de las

curiosidades de sus vastos jardines, es una parra-monstruo que pasa por la mas grande que hay en Europa. Esta parra fué plantada en 1768, y tiene 110 piés de larga con un tronco de veinte pulgadas de circunferencia. Da una cantidad de uvas tan extraordinaria, que á veces se recogen en ella 3,000 racimos: su fruto se halla esclusivamente reservado para la mesa de la reina.